



Die Julikrise: Europas Weg in den Ersten Weltkrieg

Annika Mombauer

2014. Múnich: C.H. Beck. 128 páginas.

ISBN: 978-3-4066-6108-2



José Manuel Sáenz Roitko

Departamento de Relaciones Internacionales. Universidad Pontificia Comillas.

Entre las numerosísimas contribuciones científicas a las que ha dado lugar la conmemoración del centenario de la Gran Guerra no son pocas las dedicadas a las razones y responsabilidades de la guerra. Aunque ya no hablemos, como en Versalles, de *culpa de guerra*, hemos sido testigos en estos dos últimos años de cómo esta cuestión sigue prestándose a la polémica y el debate académicos. Entre las publicaciones más renombradas, bien por su éxito de ventas, bien por su recepción por parte de la comunidad científica, destacan en este sentido la monografía *Sonámbulos* de Christopher Clark, *July Crisis* de Thomas Otte o las alemanas *Der Große Krieg*, de Herfried Münkler y *Die Büchse der Pandora*, de Jörn Leonhard. Frente a estas obras –ninguna de ellas baja de las 500 páginas– podría pasar desapercibido un librito breve, pero no por ello menos relevante, de la historiadora germano-británica Annika Mombauer titulado *Die Julikrise: Europas Weg in der Ersten Weltkrieg* («La crisis de julio: el camino de Europa hacia la Primera Guerra Mundial»). En tan sólo 128 páginas, Mombauer hace un ilustrativo e intenso análisis de las maniobras diplomáticas que realizaron las cancillerías europeas en las cinco semanas que transcurrieron entre el atentado de Sarajevo y la declaración de guerra de Reino Unido. Sobre la base de un sólido trabajo de fuentes, Mombauer refuta de forma congruente y convincente la visión de que el inicio de la guerra fue inevitable, un accidente o que, en palabras de Lloyd George en sus memorias, «Europa se deslizó» hacia la guerra. La profesora de Historia Contemporánea de la Open University de Milton Keynes se sitúa así

en abierta oposición a la tesis de Clark, que reivindica un reparto equitativo de responsabilidades entre la Triple Entente y las potencias centrales. «La guerra se desencadenó porque círculos influyentes en Viena y Berlín la quisieron provocar y asumían intencionadamente los riesgos y porque París y San Petersburgo estuvieron dispuestos a asumirla llegado el caso», sentencia la autora. La mayor parte de la responsabilidad recaería así sobre Austria-Hungría y Alemania, «porque ambas potencias trabajaron en favor de una guerra antes de que los demás gobiernos siquiera tomaron conciencia de que un conflicto europeo estaba al caer».

Para llegar a estas conclusiones, la autora, considerada una de las mayores especialistas en la crisis de julio, presenta de forma ordenada y enlazada una extensa y parcialmente novedosa documentación archivística que aporta tanto solidez como vitalidad a su relato, estructurado en cinco capítulos. El primero representa un repaso –quizás demasiado fugaz– a la evolución del sistema internacional europeo desde la dimisión de Bismarck hasta la crisis de julio. En escasamente 10 páginas, Mombauer dibuja, a título introductorio y con brocha gorda, la complejidad de unas relaciones internacionales cada vez más enquistadas en bloques, las sucesivas crisis internacionales y con los nacionalismos balcánicos a flor de piel.

Los capítulos dos y tres, dedicados al análisis del atentado de Sarajevo y las reacciones internacionales, conforman la primera y más sustanciosa de las «dos fases claramente diferenciadas» en las que la autora divide la crisis

de julio. En esta primera, hasta el ultimátum austríaco al gobierno de Serbia el 23 de julio, Mombauer demuestra con evidencias más que sólidas que ni el gobierno germano ni el austro-húngaro *sonambulaban* sino que prepararon consciente y minuciosamente el terreno para desencadenar en aquel verano un conflicto armado. Si desde 1905 todas las crisis europeas habían sido desactivadas mediante la negociación o porque ningún actor principal estuviera dispuesto a asumir los riesgos extremos de una guerra general, las potencias centrales entendieron esta ocasión como casi providencial y la explotaron en pro de sus intereses personalísimos.

Para Viena, el estatus de gran potencia del imperio dual quedaría salvaguardado mediante una *lección definitiva* a la provocadora Serbia, imponiéndose en una guerra rápida que el Alto Mando austríaco estaba seguro de poder ganar. Un ultimátum inaceptable sería un pretexto «para aparentar una actitud moderada hacia la galería». Todo lo que se tramaba en las cancillerías de Viena y Berlín en aquellos días estaba orientado al engaño de los demás actores. Mombauer ilustra gráficamente cómo se fijó – antes del 10 de julio– la entrega del ultimátum para el día en el que Poincaré, de visita en San Petersburgo junto a su primer ministro y su ministro de Exteriores, iba a emprender el viaje de vuelta a Francia en barco y estaría prácticamente incomunicado durante varios días de navegación. Se dificultaría así una respuesta rápida y coordinada de las potencias de la Entente que podrían hacer peligrar el desenlace bélico deseado. También queda en entredicho el victimismo austríaco de haber sido arrastrado por Alemania de una guerra balcánica hacia una guerra europea, ya que según revela la documentación, ese riesgo era conocido y asumido por los dirigentes vieneses.

Berlín también estaba dispuesto de asumir el riesgo extremo de una guerra general. Es más, el cheque en blanco, explica Mombauer de forma gráfica, estaba orientado directamente a empujar a Austria-Hungría a aquel conflicto. Debía proporcionar a Alemania el pretexto para una guerra preventiva contra Rusia, deseada fervientemente por el ejército, capitaneado por Von Moltke sobre el cual, por cierto, la autora publicó una obra decisiva en 2005. Lo que significó necesariamente la guerra con Francia, habida cuenta de los detalles del *Plan Schlieffen*.

Acertadamente, Mombauer sitúa en los gobiernos alemán y austro-húngaro la principal parte de la responsa-

bilidad de que en 1914 se desencadenara una guerra de dimensiones europeas. Pero reparte también para Rusia y Francia, a los que atribuye haber podido frenar la guerra si hubieran querido. Sin embargo y al igual que sucedía en Alemania, los gobernantes de ambos países sintieron que la guerra general sería de todas formas «inevitable» y no debía ponerse en peligro la alianza entre ambos por las amenazas alemanas. En todo caso, a ambos le correspondía meramente el papel de reaccionar a la «provocación» de las potencias centrales, que produjeron hechos consumados con la ejecución del ultimátum a Serbia.

En los capítulos 4, 5 y 6, dedicados a los días entre el 23 de julio y el 4 de agosto, la «segunda fase de la crisis de julio», Mombauer consigue despejar cualquier duda sobre las intenciones alemanas. Como cuando aporta documentación de que el ultimátum alemán a Bélgica, entregado al Rey el 2 de agosto, había sido redactado en Berlín ya 7 días antes, el 26 de julio, antes incluso de la declaración de guerra austríaca a Serbia. O cuando demuestra que la decisión de movilización general de Alemania, que hacía la guerra inevitable, fue tomada el 30 de julio, antes de que el Zar la decretara.

Lo único dudoso en aquellos días, según la autora, fue si Londres se decidiría por la neutralidad o por la Entente. Rehabilita al ministro de Asuntos Exteriores, Sir Edward Grey, como «honesto mediador», comprometido con la búsqueda de una solución negociada *in extremis*. Es una rehabilitación justa y necesaria frente a los que le presentaron, como lo hiciera Lloyd George, como «uno de dos hombres principalmente responsables de la guerra», por no haber hecha pública la posición británica con más inmediatez. Si bien el Bethmann-Hollweg se mostrara favorable a explorar las propuestas británicas de negociación, los círculos militares prusianos ejercían ya más influencia sobre el *Kaiser* que el propio canciller. Si el Reino Unido hubiera dejado claro su compromiso con Francia y Rusia cinco días antes, nada habría cambiado en Berlín.

Interesantísimo es también el análisis sobre la razón principal y el momento de la entrada británica en la guerra. La neutralidad de Bélgica no fue, según Mombauer, más que el pretexto que pudiera ser asumido más fácilmente por la cámara baja que el hecho de que al gobierno de Londres preocupaba más una Rusia enemiga que una Alemania enemiga. Si Rusia hubiera triunfado sobre Alemania sin el apoyo británico, se habría tornado

en un siguiente paso contra la India. Así, la invasión alemana del 4 de agosto convirtió Bélgica en el deseado «vehículo de propaganda» que necesitaba Reino Unido para declarar la guerra a Berlín y convertir la contienda así en paneuropea.

Mombauer, ha conseguido una cosa honrosa a la vez que sorprendente si tenemos en cuenta la extensión inusualmente corta de este librito: poner en duda, con documentación rica y un análisis matizado y afinado difícilmente refutable, los recientes enfoques «políticamente correc-

tos» de repartir las responsabilidades equitativamente entre los principales gobiernos europeos y descargar así a Berlín y Viena. Sin menoscabo de las razones de medio y largo plazo que habían fomentado un entorno propicio para una contienda general, queda demostrado que el magnicidio de Sarajevo resultó en una guerra porque así lo quisieron las potencias centrales, sin poder imaginarse, naturalmente, que la misma iba a constituir, en palabras de Kennan y Mommsen, la catástrofe originaria del siglo XX.